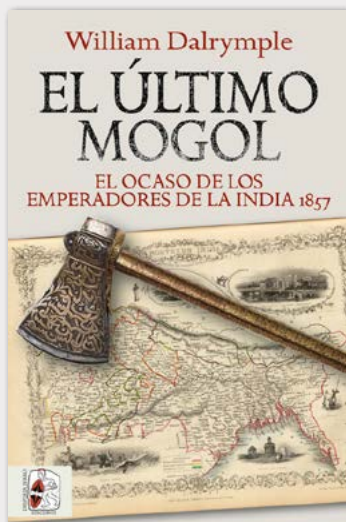


Delhi, el Stalingrado de la India británica

En 1857, los execrables abusos y creciente arrogancia e intransigencia religiosa de la Compañía Británica de las Indias Orientales, la corporación privada que regía los destinos y exprimía los recursos del otrora glorioso Imperio mogol, prendieron la mecha de la mayor insurrección anticolonial de la centuria, que sería sofocada en un holocausto de sangre y destrucción que sepultaría una brillante dinastía y una de las culturas más refinadas del mundo.



El último mogol. El ocaso de los emperadores de la India 1857
978-84-123817-2-6
592 páginas + 16 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 27,95 €

Una lóbrega tarde de noviembre de 1862, un rústico féretro recibía sepultura en medio de un escalofriante silencio, sin lamentos ni panegíricos por orden expresa del comisionado británico: «No debe quedar rastro que distinga el lugar donde descansan los restos del último mogol». El cadáver que ocupaba el ataúd era el de Bahadur Shah Zafar II, uno de los monarcas más tolerantes y gentiles de una extraordinaria dinastía que se vio al frente de un violento alzamiento, el motín de la India, condenado de antemano al fracaso. El sangriento sitio de Delhi, el Stalingrado del Raj, será su fin, el ocaso de su dinastía y el fin de una cultura incomparable. Bahadur Shah Zafar II, el último emperador mogol por cuyas venas corría la sangre de Tamerlán y Gengis Khan, fue un místico, un gran poeta y un hábil calígrafo que, aunque privado del poder político real por la Compañía de las Indias Orientales, se rodeó de una brillante corte y presidió uno de los grandes renacimientos culturales de la historia de la India. En 1857, fue la bendición de Zafar a la rebelión de los cipayos de la Compañía la que transformó lo que en principio parecía un simple motín en el levantamiento más grande que el Imperio británico tuviese jamás que sofocar. *El último mogol* es un retrato de la deslumbrante Delhi que Zafar personificaba, la historia de los últimos días de la gran capital mogola y de su destrucción final en la catástrofe de 1857. William Dalrymple, que ya nos cautivó con *La anarquía. La Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India* y *El retorno de un rey. Desastre británico en Afganistán 1839-1842*, ofrece un poderoso relato de estos fatídicos acontecimientos, por vez primera narrados desde la perspectiva india, a partir de más de 20 000 documentos que el autor encontró en los archivos nacionales de India, escritos por habitantes de Delhi que sobrevivieron a la masacre. Una obra extraordinaria que completa la trilogía dedicada a la Compañía de las Indias Orientales con claros ecos contemporáneos, en cuyo corazón laten las vidas e historias de individuos, indios e ingleses, trágicamente arrollados en uno de los episodios más sangrientos de la historia de la India.

Ganador del Duff Cooper Prize for History



William Dalrymple es un reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El último mogol*, *El retorno de un rey* o *La anarquía*. Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Asimismo colabora, entre otros medios, con *The New Yorker*, *The Guardian*, *TLS*, *New York Review of Books*, *El País* y *New Statesman*.

En librerías el miércoles 4 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Un libro tan destacable como sorprendente».
Diana Athill, *Guardian Books of the Year*

«Narrador por naturaleza, Dalrymple relata la dramática historia de la Delhi mogola antes, durante y después del motín de la India de 1857 con una energía y una pasión tales que es imposible no quedar cautivado».
Sunday Times Books of the Year

«Documentado en su totalidad a partir de un preciso conocimiento de los acontecimientos contemporáneos. Sus palabras finales constituyen una lúgubre advertencia, hasta el punto de que solo podemos desear que *El último mogol* encuentre la forma de convertirse en el libro de cabecera de los líderes actuales».
Lucy Moore, *Daily Mail*

«El libro más ambicioso, persuasivo e inusual de Dalrymple. Aquí se recogen las historias de gentes reales que transitaban por esos tumultuosos tiempos: héroes y villanos, santos y libertinos [...] *El último mogol* constituye la obra más triste y bella de Dalrymple hasta la fecha».
Elle

«Un libro exhaustivo, bien documentado y convincente que destaca entre otros títulos académicos. El principal punto fuerte de este libro descansa sobre la amplitud de sus citas de fuentes primarias inéditas. Al desplegar todo este material, Dalrymple demuestra estar en posesión de dos cualidades fundamentales para un historiador: una extraordinaria comprensión del detalle y la habilidad necesaria para tomar perspectiva».
Sara Wheeler, *Daily Telegraph*

«Un magnífico y polifacético libro que hace palidecer los simplistas esfuerzos de autores anteriores».
David Gilmour, *Spectator*

«Una crónica cautivadora [...] El vivificante espíritu de este libro es Delhi en estado puro».
Economist

«Un aterrador regreso a los hechos que cerraron el reinado de Zafar, el motín de la India de 1857, el “Stalingrado del Raj”. El autor ha dado con un maravilloso tesoro oculto de documentos en los Archivos Nacionales de la India y, gracias a estas ricas fuentes, *El último mogol* rebosa de vida, color y complejidad, y hará que hasta el más jingoísta de los lectores reflexione sobre los efectos del dominio británico en la India [...] Se trata de un libro sobresaliente, caracterizado por una cuidadosa investigación, estilo narrativo e imaginativa simpatía. Dalrymple escribe con ardiente indignación, pero sin perder de vista sus obligaciones hacia el lector. El resultado es uno de los mejores libros de historia del año».
Evening Standard

«Gracias a una comprensión de la India forjada a lo largo de veinte años de familiaridad con Delhi y una infatigable búsqueda de fuentes primarias, Dalrymple ha producido una cuidada y equilibrada narración del mayor desafío armado afrontado por una potencia europea en el siglo XIX, y de la sangrienta venganza que los británicos desencadenaron sobre quienes osaron alzarse contra ellos».
Financial Times

«Dalrymple es un escritor e historiador excepcional, que se ha superado a sí mismo en este último libro. Uno de sus múltiples méritos radica en que se ha apoyado en materiales inéditos de los archivos indios, escritos en urdu y persa, a fin de narrar los hechos desde una perspectiva tanto india como británica. Se trata de un libro tan reivindicativo como notable».
Max Hastings, *Sunday Times*

«Mucho más que otra reconstrucción del motín de 1857, suntuosamente respaldada en las fuentes y bellamente compuesta, la narración de Dalrymple recorre la caída de la dinastía mogol y homenaja la elegancia en extinción de su cultura en la Delhi de comienzos del siglo XIX».
Boyd Tonkin, *Independent*

«Matizado de forma brillante [...] Dalrymple ha escrito aquí una crónica del motín de la India, de los hechos que llevaron hasta el mismo y de sus consecuencias, como no la habíamos visto nunca, contemplada a través del prisma de la vida del último emperador. Describe también con viveza la vida en la capital mogola días antes de que se desencadenara la catástrofe, señala con habilidad cada punto crucial de la historia, algunos de los cuales, en ocasiones, han sido pasados por alto por los historiadores precedentes, y aporta algunas de las más instructivas notas al pie que he leído jamás. Pero, por encima de todo, verbaliza el puro disfrute de investigar sobre una parte de la historia, algo que cualquier auténtico historiador conoce».

Geoffrey Moorhouse, *Guardian*

«Brillante en su análisis de los repetitivos ciclos de la historia, planteando paralelismos con el presente sin tapujos, combativo con los orígenes del fundamentalismo religioso, *El último mogol* es un apasionado y reivindicativo libro, alimentado con similar ímpetu por el amor hacia la India y el odio hacia la manipulación y la represión».

Nicola Barr, *Guardian*

«Una diligente investigación altamente informativa [...] El trabajo de Dalrymple lamenta la desaparición de una tradición y constituye un homenaje a lo perdido, en un tono que va y vuelve de la épica a la elegía».

Aamer Hussein, *Independent*

«Una historia hábilmente escrita objeto de una investigación impecable».

Observer

«William Dalrymple evoca con brillantez el tenso equilibrio reinante en vísperas del motín de la India y, con ritmo y estilo, nos lleva hasta su estallido [...] el imponente logro de Dalrymple en proporcionar detalles casi hora a hora descansa sobre sus fuentes. Apoyándose ampliamente en manuscritos persas y urdus, describe el caos a través de memorias, cartas, informes oficiales y una profunda comprensión de las culturas india y musulmana. Dalrymple cuenta la represión británica con una mezcla de indignación y horror».

Michael Binyon, *The Times*

«Dalrymple construye una narración urbana tan evocadora como la descripción del París revolucionario de Richard Cobb [...] Hay mucho que admirar en este libro: la profundidad de la investigación, la finamente evocadora narrativa, el extraordinario entendimiento de la cultura de la India mogola. Es también, en múltiples aspectos, una historia marcadamente humana e igualitaria, un espléndido trabajo de empático academicismo [...] pocas reinterpretaciones de 1857 son tan valientes, esclarecedoras o desafiantes como esta».

Times Literary Supplement

«Ningún libro ha profundizado tanto antes en la historia de Delhi en aquellos días, ni ha conseguido trazar un retrato tan vívido de la corte mogola».

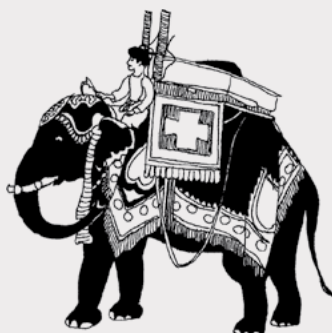
Mike Dash, *Sunday Telegraph*

«Una investigación rigurosa escrita con gran belleza [...] Una historia fascinante y conmovedora de los hechos de 1857 en Delhi».

Nation

«Dalrymple sobresale a la hora de reconstruir grandes acontecimientos históricos desde una perspectiva contemporánea».

Tobin Harshaw, *New York Times Book Review*



DOSIER DE PRENSA





CONVERSACIONES CON WILLIAM DALRYMPLE

Ambientado en la Delhi del Gran Motín de la India de 1857, *El último mogol* narra, desde una perspectiva más india que británica, el colapso de la ciudad y el fin del ya moribundo Imperio mogol, para lo que Dalrymple se ha apoyado en “veinte mil documentos en farsi y en urdu virtualmente inéditos relativos a la Delhi de 1857”.

Desde que en 1984 visitó Delhi por primera vez, Dalrymple quedó prendado de la ciudad, en cuyas cercanías reside en la actualidad. Habiendo vivido en una burbuja en su bucólica Escocia rural natal, este primer viaje a India fue como “un cartucho de dinamita” que transformó su consciencia y lo convirtió en escritor. De otro modo, piensa, habría terminado siendo banquero o contable.

“Mi amor por Delhi constituye un gran misterio para mucha gente, ¡especialmente para los que viven allí! Me fascina la sensación de historia que rodea la ciudad, con las tumbas de la dinastía Lodi desperdigadas por doquier, me encanta el Rashtrapati Bhavan [residencia oficial del presidente de India] y adoro la vieja Delhi. La ciudad ha sido una madre generosa, hasta ahora me ha proporcionado el trasfondo de dos de mis libros, y seguro que de más en el futuro”.

La caída de una ciudad, el ocaso de una dinastía

Retrocedamos hasta 1857, unos acontecimientos que el autor prefiere describir como rebelión: “*Motín de la India* [el término historiográfico dominante

en el mundo anglosajón] es un término fallido ya que sin duda fue mucho más que un motín. Empezó como tal, pero se extendió a amplios estratos de la población civil. *Primera Guerra de la Independencia* es igualmente tendencioso dado que emplea un lenguaje político moderno. Nunca encontrarás el término *azadi* (independencia) empleado por los rebeldes en 1857, es un concepto que ellos mismos no habrían comprendido”.

En torno al 85 % de los rebeldes eran hindúes que, curiosamente, se conjuraron en restaurar el mermado y maltrecho Imperio mogol, musulmán. De los 139 000 cipayos amotinados del Ejército de Bengala, 100 000 convergieron en Delhi, donde aún residía el emperador Bahadur Shah Zafar II, que se convertiría en *el último mogol*. Este era un poeta místico octogenario y un “estrepitosamente inapropiado líder militar”. Aunque no ostentaba ningún poder real, “personalmente era el individuo con más talento, más tolerante y más agradable de su dinastía: habilidoso calígrafo, elevado escritor sufí, refinado mecenas de pintores de miniaturas, inspirado diseñador de jardines y arquitecto amateur”. Su madre era hindú, y sabemos que celebraba las festividades tanto hindúes como musulmanas.

La rebelión comenzó cuando trescientos cipayos de Meerut irrumpieron en Delhi en mayo de 1857 y trataron de poner a Zafar de nuevo en el trono. “Resulta fascinante que mantuviera esa atracción como figura

simbólica. ¿Qué nos dice esto de la inclinación de la gente hacia los mogoles hace siglo y medio? Sin duda nos deja entrever un conjunto de percepciones sobre el dominio mogol completamente diferente”.

Sin embargo, hasta el desamparado Zafar era consciente de que esta audaz –y temeraria– intentona estaba condenada al desastre de antemano. Las batallas, libradas cuerpo a cuerpo, fueron encarnizadas y vengativas. “El sitio de Delhi fue el Stalingrado del Raj: una lucha a muerte entre dos poderes, ninguno de los cuales podía dar un paso atrás. Las bajas fueron inimaginables, y en ambos bandos los combatientes se vieron arrastrados hasta los límites de su resistencia física y psicológica”.

La rebelión fue definitivamente aplastada en septiembre de 1857. Zafar, obligado a abandonar Delhi en un carro de bueyes, pasó el resto de sus días exiliado en Birmania (actual Myanmar). Los combates habían durado apenas unos meses, pero una vez que los británicos hubieron derrotado a los rebeldes, consolidaron su poder en la India en forma de un Raj que duraría 90 años. Los desgarradores acontecimientos de 1857 fueron una desgracia para las esferas de influencia indo-persa y centroasiática y propiciaron “el injerto por la fuerza de la occidentalización de la India, que a su vez alumbró la primera cosecha de juristas que perseguirían la independencia”.

Aunque el colonialismo británico presenta “rasgos negativos que son claros y bien conocidos”, Dalrymple piensa que los indios de hoy día tienen una visión más matizada que sus padres o sus abuelos, quizás por su objetivo de formar parte de la esfera de influencia de Occidente más que de la que fueron abruptamente extirpados en el siglo XIX. Es el inglés, sin ir más lejos, la lengua dominante en la India de hoy día.

“El imperio está contraatacando y es, irónicamente, consecuencia parcial del colonialismo”, añade Dalrymple. “Así, la naturaleza mixta de su legado –lo bueno y lo malo– se evidencia con mayor claridad hoy día que para los indios de la década de 1970, cuando imperaba una visión completamente negativa del colonialismo”.

¿Qué provocó la rebelión de 1857?

Delhi fue antaño un paraíso,
donde el amor dominaba y reinaba;
pero su encanto ha sido violado
y solo quedan las ruinas.
–atribuido a Bahadur Shah Zafar II, el último mogol.

Como indica Dalrymple, hubo una serie de causas seculares tras la rebelión, pero la más sorprendente es cómo la religión –o mejor dicho, las diferencias religiosas– desempeñó un papel dominante. “Al igual que los yihadistas actuales, que presentan una larga lista de agravios contra Occidente, pero la expresan en términos religiosos, en 1857 la retórica de los rebeldes concernía a la religión, pero sus reproches a los británicos eran muy concretos: su insaciable anexión de territorios, los asfixiantes impuestos que debían pagar los campesinos, etc.

La fatídica decisión del Ejército de la Compañía de las Indias Orientales de engrasar sus cartuchos con sebo de vaca y de cerdo fue el detonante que puso en pie de guerra a los cipayos hindúes y musulmanes. Reconocido el error, la rápida retirada de los cartuchos no fue

sino un acto carente de significado. “Esta es la constancia de las suspicacias que todos albergaban en cuanto a las intenciones británicas en materia de religión. En la década de 1830 se permitió la entrada a misioneros, cuya presencia en suelo de la Compañía de las Indias Orientales había estado prohibida durante dos siglos, y no tardaron en generar este caldo de cultivo denunciando abiertamente la religión india y empleando una fuerte retórica islamófoba y antihindú. Los evangélicos, bastante numerosos, fueron especialmente provocadores y la población local llegó a pensar, y no sin razón, que los británicos planeaban una conversión en masa”.

Podemos decir, por tanto, que en términos generales fueron el auge del poder británico en la India y la extensión del cristianismo proselitista los principales detonantes de los acontecimientos de 1857.

“Fueron el auge del poder británico en la India y la extensión del cristianismo proselitista los principales detonantes de los acontecimientos de 1857”.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



LA HISTORIA DEL ÚLTIMO MOGOL

Transcripción de la conferencia impartida por
William Darymple en el Gresham College de Londres



Cualquiera que visitara Delhi, hoy día una vibrante ciudad de en torno a 30 millones de habitantes, hace siglo y medio, en julio de 1858, se encontraría la que había sido durante siglos la capital cultural del norte de la India convertida en un erial yermo y desolado. Ni un alma residía dentro de los muros de la ciudad de Delhi en julio de 1858.

La razón de aquello la encontramos el año anterior, 1857, cuando Delhi se convirtió en el centro de la mayor revuelta anticolonial que haya tenido lugar en el mundo, contra cualquier potencia europea, en cualquier momento del siglo XIX. Esta revuelta es conocida en Gran Bretaña como el Motín de la India, y

“Delhi se convirtió en el centro de la mayor revuelta anticolonial que haya tenido lugar en el mundo, contra cualquier potencia europea, en cualquier momento del siglo XIX.”

en India como la Primera Guerra de la Independencia. Pero ninguno de los dos son términos especialmente afortunados. Lo que ocurrió en Delhi fue más allá de un

grupo de soldados amotinados, ya que arrastró a casi todas las clases descontentas de la llanura Indo-Gangética, pero tampoco fue una guerra de independencia nacional, dado que su objetivo particular no era otro que restaurar en el poder a la dinastía de los mogoles.

Lo llamemos como lo llamemos, lo cierto es que esta rebelión condujo a las dos instituciones que habían conformado la historia del norte de la India durante los tres siglos anteriores a un abrupto y completo

final. 1857-1858 es uno de esos raros momentos de la historia en que una fecha concreta funciona como una guillotina que cercena el pasado y establece un nuevo rumbo para el futuro.

La primera de estas instituciones que halló su fin en 1857 fue la Compañía de las Indias Orientales. Es frecuente oír hablar de la conquista británica de la India, pero la realidad fue mucho más siniestra: no fueron los británicos ni su Gobierno, sino una compañía multinacional con oficina en la City de Londres. **La Compañía de las Indias Orientales, cuya razón de ser era generar beneficios a sus accionistas, se convirtió en el máximo exponente de irresponsabilidad corporativa a escala continental.** Pesemos en Microsoft con ejércitos, o a MacDonal'd's con ambiciones territoriales. Cuando la gente imagina la India británica, normalmente piensa en el Raj, pero esto no fue más que la punta del iceberg, apenas 90 años frente a los dos siglos y medio previos de la Compañía, un periodo de la historia mucho más ambiguo, mucho menos explorado y mucho más interesante.

La otra institución que pereció en 1857 fue la de los mogoles, cuyo nombre ha pasado al inglés como sinónimo de poder y prestigio. Los mogoles llegaron a la India en 1560, poco antes que la Compañía, y en poco más de un siglo conquistaron casi todo el norte de la India, los actuales Pakistán y Bangladesh, la mayor parte de Afganistán y un pedazo de Persia. Frente a este irresistible poderío, los ingleses que llegaban a sus costas eran poco menos que desarrapados a los que los por entonces opulentos y sofisticados mogoles, gobernantes del país más rico del mundo, veían como bárbaros, atraídos por las sedas y textiles de Bengala, por las especias de Kerala, por sus ilimitadas reservas de oro y por la única fuente de diamantes del mundo hasta el descubrimiento de yacimientos en América.

Bajo los mogoles, se erigieron fastuosos edificios como el Taj Mahal y se desarrolló la tradición militar india, pero sobre todo se

desafiaron todos los estereotipos actuales sobre el islam. En una época en la que en la City de Londres se ahorcaba a los jesuitas, las guerras de religión assolaban Europa y Giordano Bruno ardía en la pira en Roma, el emperador Akbar, el más interesante y fascinante de los mogoles, convocaba en la ciudad de Fatehpur Sikri a musulmanes sunitas, chiítas y sufís, hindús de creencia saivita y vaishnavita, hindús ateos, budistas de los Himalayas, zoroastristas y jainitas de Gujarat, judíos de Cochín y jesuitas de Goa, todos ellos llamados a corte donde constituyeron el primer grupo de discusión multireligioso de la historia para descubrir en qué puntos podían coincidir, dónde diferían y qué podían aprender unas de otras las distintas religiones del mundo. A la conclusión del cónclave, Akbar citó el Corán: “ningún hombre puede ser forzado en materia de religión”, los asuntos de la fe serían decididos no por la obligación, sino por la razón. No hubo declaración similar en Europa hasta 250 años después, en la era de la Ilustración.

“En una época en la que en la City de Londres se ahorcaba a los jesuitas, las guerras de religión assolaban Europa y Giordano Bruno ardía en la pira en Roma, el emperador Akbar, el más interesante y fascinante de los mogoles, convocaba en la ciudad de Fatehpur Sikri a musulmanes sunitas, chiítas y sufís, hindús de creencia saivita y vaishnavita, hindús ateos, budistas de los Himalayas, zoroastristas y jainitas de Gujarat, judíos de Cochín y jesuitas de Goa, todos ellos llamados a corte donde constituyeron el primer grupo de discusión multireligioso de la historia.”

La esplendorosa Delhi del último mogol

Habrían de pasar dos siglos hasta que Bahadur Shah Zafar, “el último mogol”, ascendiera al trono en 1832 a sus más de sesenta años. Para entonces, los dominios del imperio se habían reducido drásticamente al perímetro de las murallas

de Delhi, pero los tradicionales valores de tolerancia, pluralismo religioso y étnico pervivían en la corte. **Con la Hacienda vacía, el Ejército mogol aniquilado y las riquezas de la India dispersas o expoliadas, Zafar protagonizó un éxito extraordinario, casi único en la historia, al erigirse en catalizador de uno de los grandes renacimientos de la historia de la India en un tiempo de tremendo declive económico.** En otras partes del mundo en las que se han dado episodios en los que el ritmo y el pulso de la vida cultural se han transformado en una suerte de renacimiento, estos han coincidido con momentos de bonanza económica en los que fluía el dinero con que patrocinar las obras de arte o la construcción de grandes edificios. Lo

que hace único a Zafar, poeta místico, calígrafo y un magnífico autor de textos sobre filosofía y misticismo sufí, fue su capacidad de alumbrar uno de los grandes momentos de la literatura india en Delhi no a través de su poder, sino del ejemplo. La de Zafar fue la corte de los poetas Ghalib o Zauq, que son a la poesía urdu lo que nombres como Marlow o Shakespeare representan para el teatro británico, y de grandes pintores como Ghulam Ali Khan.

Al margen de la corte, **Delhi era un centro de primer orden de enseñanza, de arte, de literatura y de conocimiento.** Las madrazas, que hoy día algunos medios tachan burdamente como “escuelas de terroristas”, en tiempos de Zafar bullían con la misma suerte de excitación y contradicciones que una generación más tarde pusiera Oxford patas arriba cuando Darwin expuso sus ideas. Allí, por primera vez, las nuevas ideas de Occidente entraban en contacto con las tradicionales cosmologías hindú y musulmana en un intento de reconciliar las enseñanzas de mundos diferentes. Había seis famosas madrazas y otras cuatro más pequeñas, nueve periódicos en urdu y en farsi, solo el *College* de Delhi publicaba cinco revistas académicas y se contaban más librerías que en todo el resto de la India junto. Pero el principal atractivo era la extraordinaria generación de poetas e intelectuales que se había reunido en la ciudad. Este no era un mundo en decadencia condenado a la extinción. Era un mundo que, a pesar de la pobreza y la desintegración del imperio, vivía un extraordinario renacimiento.

Incluso los británicos participaron de este renacimiento. Individuos como el residente sir David Ochterloney, que vestía prendas indias, fumaba en pipa de agua y tenía trece esposas indias, cada una con su propio elefante. La esplendorosa tumba de su esposa principal combinaba cúpulas y minaretes mogoles con una cúpula central inspirada en la de Brunelleschi en Florencia, rematada por una cruz. Cuando fue construida en 1825, nadie en Delhi parecía ver en ella ninguna contradicción en ello. William Fraser, asistente de Ochterloney (y ancestro de mi esposa), mantuvo un debate teológico con uno de los principales ulemas del momento y fue patrón del poeta Ghalib y entendido mecenas de pintura de miniaturas cuyos encargos están recogidos en el Fraser Album y su colección de

pintura mogola forma el grueso del Kevorkian Album, núcleo de la colección del Metropolitan Museum in New York.

Del multiculturalismo a la intransigencia

¿Por qué se pasó de ni siquiera cuestionarse la construcción de una tumba con minaretes y cruces en la década de 1820, al odio y la violencia de treinta años después? ¿Qué cambió en un mundo de aparente fascinación y enriquecimiento mutuos para que se trocara en tal baño de sangre?

Creo que hay dos razones principales. La primera, el simple hecho del auge del poder británico, y la rapidez con que se produjo. Los libros de historia victorianos hablan de un avance lento sobre India durante un periodo de trescientos años, en el que todo enemigo era derrotado. La realidad es bien distinta. La situación británica en la década de 1790

era más bien precaria, tras haber sufrido una catastrófica derrota en 1764 a manos del sultán Tipu a las afueras de Madrás. Todo cambió, sin embargo, con la llegada de lord Wellesley, hermano mayor del futuro duque de Wellington, enviado por el nuevo Gobierno conservador con una agenda específica. Wellesley respondía ante Downing Street y no ante los directores de la Compañía de las Indias Orientales en Londres, cuyos intereses comerciales desdeñaba. Según su plan para elevar la autoridad británica a una nueva cota de prestigio, primero eliminaría a los franceses de la ecuación para después enfrentarse a

cualquier poder islámico que osara desafiarle. Algo que quizás pueda sonarnos familiar.

En 1798 las últimas tropas francesas en India eran desarmadas y en 1803, solo cinco años más tarde, los jinetes de la confederación maratha, que campaban a sus anchas desde el área de Bombay por toda la India septentrional y central, son derrotados. Tras la batalla de Assay y, finalmente, la batalla de Delhi en 1803, **en apenas un lustro los británicos pasaron de contar con una presencia costera, amenazada tras los muros de Madrás, Bombay y Calcuta, a transformarse en la única superpotencia con un poder ilimitado a lo largo y ancho de la península índica.** El único ejército que podía suponer algún tipo de amenaza era el sij,

“La mayoría de nosotros creemos en la necesidad del multiculturalismo para el entendimiento de los pueblos, pero este proceso no es un constante avance en línea recta. Lo que ocurrió en la India hace apenas dos siglos es un preocupante precedente en los tiempos que nos toca vivir, con el auge de los radicalismos y de la extrema derecha.”

que sería derrotado en 1840. Así, en cuestión de tan solo cinco años, la presencia británica en la India sufrió una drástica transformación, que a su vez cambió su actitud.

Hasta este momento, y especialmente desde 1780, **los británicos eran propensos a los matrimonios mixtos y a estudiar la cultura de la India:** se fundó la Royal Asiatic Society, se tradujeron los primeros textos del sánscrito, como el *Gita*, el *Ramayana* o el *Mahabharata*, se descubrió la figura de Buda, el Imperio Maurya y muchos otros elementos del pasado indio, un conocimiento que se transmitió a Occidente para gran excitación de la intelectualidad europea, que, formada con los clásicos latinos y griegos, concebía la civilización india como una cultura clásica viviente. Era la *Ilíada* y la *Odisea*, pero los bardos aún estaban vivos, el lenguaje estaba en uso, la cultura aún bullía. Pero todo cambiaría a lo largo del siglo XIX. Según se incrementaba el poder británico, también lo hacía su arrogancia y, en un sentido ancestral, su racismo.

Si miramos en el archivo de testamentos de la Compañía de las Indias Orientales, descubrimos que uno de cada tres empleados británicos de la Compañía legaba sus bienes a una mujer india, esto es, había formado una familia mixta –étnica, cultural y probablemente religiosa–. Para 1800 esta proporción se redujo a uno de cada cuatro, en 1810 a uno de cada cinco, en 1820 uno de cada siete, en 1830 la proporción es testimonial y en 1840 desaparece por completo. En sesenta años se pasó de un mundo en el que un tercio de las familias formadas por los británicos en la India eran mixtas, a un completo *apartheid*. Hoy día, la mayoría de nosotros creemos en la necesidad del multiculturalismo para el entendimiento de los pueblos, pero este proceso no es un constante avance en línea recta, sino que puede haber marcha atrás. Lo que ocurrió en la India hace apenas dos siglos es un preocupante precedente en los tiempos que nos toca vivir, con el auge de los radicalismos y de la extrema derecha.

Esta reversión del multiculturalismo se vio impulsada no solo por el auge del poder británico, también por el cambio de las actitudes religiosas. En el siglo XVIII imperó una suerte de liberal deísmo en la cristiandad británica, pero en el siglo XIX comenzó a extenderse en Londres una forma más intolerante de cristianismo evangélico, que entendía

la conquista británica de la India como parte de un plan divino para la conversión de sus gentes. Charles Grant, el primer cristiano evangélico en alcanzar el puesto de director de la Compañía, escribió: “¿Se nos ha otorgado nuestro imperio en la India solo para extraer un beneficio anual de él? No, nos ha sido dado para que llevemos la luz de la verdad a los pobres e ignorantes paganos”. Esto se tradujo en un radical cambio de actitud: el imperio no se había forjado gracias a la Revolución industrial, a mejores prácticas comerciales o mejor artillería; Dios se lo había otorgado a los británicos para convertir a los indios a la fe de la Iglesia de Inglaterra.

En las décadas de 1820 y 1830 era frecuente ver placas con los diez mandamientos en indostaní, urdu y farsi por doquier, o a coroneles leyendo el Nuevo Testamento a sus cipayos brahmanes durante los

desfiles. A esto siguió un cambio en la retórica durante la década siguiente, con la publicación de virulentos panfletos anti-hindúes traducidos al urdu y al farsi en los que se tildaba este credo de “religión retrógrada, vil, primitiva y lasciva”, al islam como “la religión del diablo”, al palacio de los mogoles como “el último bastión del príncipe de las tinieblas”, etc.

Un cambio de postura que se consolidaría con una enmienda en los estatutos

de la Compañía que permitiría a los misioneros no solo poner pie en tierras indias, sino prosperar. La clara división entre los intereses de la Compañía y el proselitismo religioso, entre Iglesia y Estado, que tan escrupulosamente se había mantenido durante los 250 años anteriores, comenzó a difuminarse hacia 1830. La Compañía comenzó a construir iglesias en cada acuartelamiento y en cada distrito residencial, iglesias que por todo el norte de la India se levantaban en terrenos expropiados a templos, santuarios sufíes o mezquitas, cuando no eran estos mismos templos los que se entregaban a los misioneros para dedicarlos al culto evangélico. Al mismo tiempo, el gobernador de las Provincias Noroccidentales era a su vez presidente de la misión de Delhi.

Cada vez se alzaban más voces en el seno de la Compañía que instaban a la conversión, forzada llegado el caso, de la India. Como es lógico, todo esto fue creando un clima de progresiva inquietud y ansiedad entre hindúes y musulmanes, que alcanzó su clímax en 1856 con la introducción en el ejército de un nuevo rifle.

“La clara división entre los intereses de la Compañía y el proselitismo religioso, entre Iglesia y Estado, que tan escrupulosamente se había mantenido durante los 250 años anteriores, comenzó a difuminarse hacia 1830.”

Grasa de cerdo y de vaca, la chispa de la rebelión

Tras un siglo de uso, el viejo mosquete Brown Bess empleado por las tropas de la Compañía, de ánimo lisa y tremendamente impreciso, fue por fin reemplazado por un rifle de ánima estriada, de mayor alcance y mucho más certero, pero aún de avancarga. Hacer bajar la bala por el angosto cañón no era tarea fácil, por lo que los proyectiles venían envueltos en un cartucho de papel prelubricado [estos debían rasgarse con los dientes para verter la pólvora en el cañón antes de introducir la bala]. La Compañía podría haber elegido cualquier tipo de ungüento más inocuo, desde aceite de linaza, cera de abejas o aceite de oliva, pero en su lugar, en un ejemplo más de la insensibilidad de la Compañía en este periodo, se optó por **una mezcla de grasa de vaca y de cerdo, un ultraje para todos y cada uno de los cipayos indios –hindúes o musulmanes– de la Compañía** cuyo sabor también asqueaba a los soldados británicos, que odiaban este rifle.

Lejos de considerarse un incidente aislado, esta iniciativa, extraordinariamente torpe y ofensiva, fue ampliamente entendida por los cipayos, vistos los precedentes anteriores, como **parte de una gran conspiración para insultarles y mancillarles como paso previo a una conversión forzosa al cristianismo.**

Mientras se gestaba la crisis, la corte de Delhi seguía absorta en el estudio y en las artes. Una de las grandes pinturas del momento, del maestro Mazhar Ali Khan, muestra una panorámica de la ciudad de Delhi en todo su esplendor, un cuadro de 1852 que retrata un mundo al borde de la completa destrucción: cinco años después, de lo pintado por Mazhar Ali Khan no quedaría absolutamente nada.

El 10 de mayo de 1857, los cipayos de Meerut recibieron sus nuevos cartuchos. La mitad de ellos se negaron a rasgarlos con los dientes, paso previo a introducirlos en el cañón, una renuncia que entrañó una condena de treinta años de trabajos forzados, un castigo tremendamente injusto para unos hombres que habían luchado con coraje en Afganistán, Birmania, Assam y muchos otros lugares. Furiosos, sus camaradas se rebelaron para liberarles esa misma tarde, dando muerte a sus oficiales. Esa noche, cabalgaron rumbo a Delhi. A la mañana siguiente, comenzó la masacre.

Los amotinados asesinaron no solo a todo británico, hombre, mujer o niño, con que se

toparon, también a los cristianos indios. Aunque muchos de los agravios eran seculares –la importación británica de textiles, la interferencia política en varios reinos del norte de la India, el cambio de paradigma en la propiedad de la tierra, etc.– la retórica de la revuelta se instaló inmediatamente en la esfera de la religión. En su primera proclama, en la que los rebeldes no hablan de los *ferungis* –“extranjeros”– ni siquiera de los británicos, hablan de los *nazrani*, los “cristianos”, hindúes y musulmanes se unieron para reinstalar al emperador mogol de nuevo en el trono.

Sin embargo, Zafar, el poeta místico que había sido la figura ideal para liderar el renacimiento literario en Delhi, era el peor candidato posible para acaudillar una revuelta anticolonial. Pero a este amable anciano, por entonces de 82 años, no le quedó más remedio que aceptar el manto de la rebelión aun a regañadientes.

La mecha de la rebelión prendió a una velocidad vertiginosa, lo que indica la escala del descontento. En seis semanas, de los 164 000 cipayos del Ejército de Bengala, tropas de lealtad inquebrantable que durante los dos siglos anteriores habían combatido por toda la India, 139 000 se habían amotinado contra la Compañía, de los que 100 000 marcharon directos a Delhi para restaurar el emperador mogol en el trono. Esta es la historia jamás contada, el punto de vista indio. Lejos de ser un mero motín de ingratos cipayos, como aún se afirma en las escuelas del Reino Unido,

la práctica totalidad del norte de la India se alzó contra los británicos, con la sola excepción de algunos miembros de las élites de Delhi: propietarios de tierras, trabajadores textiles, revoluciones urbanas en una ciudad tras otra... y por supuesto casi todos los soldados, que en su mayoría, un 85 %, eran hindúes de castas superiores (brahmanes y rajputs) pero que no tuvieron ningún escrúpulo en

restaurar al emperador mogol, al que consideraban el soberano legítimo del norte de la India –lo que podría sorprendernos hoy día, si tenemos en cuenta la historia de enfrentamientos entre hindúes y musulmanes, que sin embargo se desarrolla durante el Raj, desde finales del siglo XIX, y alcanza su apogeo con la partición de India y Pakistán–.

Delhi, el Stalingrado del Raj

Sin embargo, fue el propio éxito del alzamiento y la concentración de tropas en Delhi lo que comenzó a asfixiarlo. **Zafar era un gran organizador de veladas poéticas, pero carecía de recursos para alimentar**

“Lejos de ser un mero motín de ingratos cipayos, como aún se afirma en las escuelas del Reino Unido, la práctica totalidad del norte de la India se alzó contra los británicos.”

a 100 000 hombres, y ya no decir para armarlos y encuadrarlos. Es más, los diferentes regimientos rebeldes llegaron a Delhi bajo sus propios líderes, en la práctica una serie de señores de la guerra con sus propios ejércitos independientes que se negaban a aceptar cualquier otra autoridad. El propio control de Zafar sobre los militares era muy frágil y en más de una ocasión amenazó con renunciar y retirarse a La Meca para tratar de conseguir una mayor cohesión que, en cualquier caso, no fue duradera. Para complicar las cosas, los soldados se convirtieron en aves de rapiña: cuando no se les daba de comer, asaltaban las casas de los prestamistas y saqueaban los bazares. La situación pronto derivó en el más absoluto caos.

Y el caos en Delhi vino acompañado por el bandidaje rural y el bandolerismo, que se tradujo en que los agricultores no osaban llevar sus productos a la ciudad por miedo de ser asaltados en los caminos. Como resultado, **en apenas dos meses se disparó la demanda de alimentos en Delhi, pero se redujo drásticamente el suministro, lo que trajo consigo hiperinflación. El precio de los alimentos básicos como las legumbres, el arroz y los guisantes se puso por las nubes.** La carestía golpeó primero a los pobres, luego a las clases medias y finalmente, a las tropas. Para julio, antes de pegar un solo tiro, los 100 000 cipayos congregados en Delhi estaban pasando hambre.

Según avanzaba agosto, el mismo ejército que se había concentrado tan repentinamente en Delhi, comenzó a desintegrarse, en parte por desengaño, pero sobre todo como consecuencia de la escasez. **No había comida, no había dinero, no había armas, no había artillería, y todo estaba sumido en el caos.**

Mientras tanto, los británicos se organizaban. Los pocos soldados blancos estacionados en la India – apenas unos 10 000, que en mayo se encontraban en estaciones de montaña como Shimla, y en el Punjab – marcharon hacia la cordillera de Delhi, dispuestos a atacar la ciudad, caracterizados como intrépidos hombres blancos prestos a cumplir con su deber por el *Illustrated London News*. Lo que no mostraba esta revista era la hueste de 100 000 mercenarios que los acompañaban, la mayoría procedentes del actual Pakistán, reclutados mediante sobornos, la oferta de un salario regular y, sobre todo, la promesa de saqueo de Delhi. Alistaron musulmanes punyabíes

de Multán, donde hoy día se forman la mayor parte de los combatientes yihadistas de Cachemira; sijs de los alrededores de Lahore; y wasiris de las zonas tribales del sur Afganistán, especialmente belicosos durante la pasada guerra y ocupación aliada del país. **Combatientes irregulares de algunas de las zonas actualmente más calientes del planeta que marcharon sobre Delhi con sus grandes turbantes y ávidos de saqueo.**

También consiguieron llevar ante a Delhi enormes cañones de asedio, cada uno de ellos tirado por doce elefantes, que, desplegados a comienzos de septiembre frente a la puerta de Cachemira, desencadenaron un infernal bombardeo. El 12 de septiembre, las tropas irrumpieron en la ciudad.

Los británicos esperaban que el asalto fuera pan comido, pero la realidad fue bien distinta. Aunque los cipayos estaban famélicos y muchos habían regresado a sus pueblos, aún quedaban los incondicionales, que habían tenido tres meses para poner metralla en cada aspillera, situar francotiradores en cada trampilla, preparar toda suerte de trampas y levantar muros de adobe por doquier. De los 100 000 hombres con que los británicos asaltaron la

ciudad, un tercio resultó muerto o herido esa primera tarde, una catastrófica ratio de bajas equiparable a las más encarnizadas batallas de la Primera Guerra Mundial.

Además, algún estratega brillante había almacenado todo el alcohol confiscado en las residencias británicas en la puerta de Cachemira, por lo que tan pronto como las tropas la franquearon, los otros dos tercios del contingente británico que no acabaron muertos o heridos terminaron el día en un lamentable estado de embriaguez. Los británicos habían alcanzado las murallas, pero no penetrado en la ciudad. Durante las 48 horas siguientes se llegó a un tenso punto muerto en el que ambos ejércitos, en situación igualmente delicada, vacilaron al borde de la retirada. La duda era saber quién lo haría primero.

Este *impasse* se rompió por accidente. Tres días más tarde, el 17 de septiembre, tuvo lugar un eclipse de sol. A mediodía, la oscuridad cubrió la ciudad. El eclipse sorprendió a los británicos, que no se habían preocupado de mirar los almanaques, pero sobrecogió a los hindúes, que lo consideraron el peor presagio posible, el fin de una dinastía. Esa noche, los cipayos huyen de la ciudad en medio de un gran estrépito.

“De los 100 000 hombres con que los británicos asaltaron la ciudad, un tercio resultó muerto o herido esa primera tarde, una catastrófica ratio de bajas equiparable a las más encarnizadas batallas de la Primera Guerra Mundial.”

El último mogol

A medianoche, su guardia personal despierta a Zafar y le comunica que todos los cipayos han huido del Fuerte Rojo. Nadie hace guardia en palacio. El último mogol recoge sus reliquias ancestrales, distribuye algunas entre sus familiares y, junto con un reducido grupo de seguidores, su esposa y su hijo menor, presenta su rendición a los británicos a cambio de sus vidas. “No queda sombra de duda, de la gran casa de Tamerlán, soy el último en sentarse en el trono de la India”. Zafar es encerrado en un establo, donde se le exhibe como una fiera enjaulada.

Al día siguiente los británicos reciben la sumisión de los tres príncipes rebeldes, Miza Khizr Sultan, Mizra Abu Bakr y Mizra Moghul. Son llevados por la misma ruta que su padre pero, a mitad de camino, se les hace bajar del palanquín, se les desnuda, se les despoja de sus joyas y se les ejecuta, uno a uno, de un disparo a bocajarro. Sus cuerpos son arrojados al río.

Es la señal para la que probablemente sea **la mayor y más atroz masacre que haya tenido lugar durante la dominación británica de la India**. Para entonces muchas personas habían abandonado la ciudad, pero otras tantas se refugiaban en sótanos y bodegas, o bloqueaban las puertas de sus casas como podían. Muchos no habían tomado parte en la rebelión, eran simples ciudadanos de Delhi: poetas, calígrafos, comerciantes, alfareros, carpinteros, vendedores de dulces... Pero ese día “los británicos cerraron todas y cada una de las puertas de Delhi y las órdenes fueron disparar a todo ser viviente. Era, literalmente, un asesinato”. Los británicos parecieron no darse cuenta de la escala de la matanza hasta el 21 de septiembre, cuando abandonaron el Fuerte Rojo en persecución del ejército rebelde: “Fue una marcha que espero no volver a repetir jamás, mi caballo bufaba y se agitaba y más de caminar, se deslizaba sobre las abominaciones que cubrían las calles”.

Toda la zona entre el Fuerte Rojo y la mezquita de Jama Masjid fue dinamitada y destruida. Las órdenes

de arrasar toda la ciudad incluían la destrucción del Fuerte Rojo y la voladura de la mezquita, para su sustitución por una catedral gótica. Por suerte, las órdenes fueron revertidas a los tres meses, pero para entonces **un tercio de la ciudad había sido irremisiblemente asolada**.

Zafar, que para entonces, tras ver morir a todos sus hijos, había perdido la cabeza, fue sometido a juicio, absurdamente acusado de liderar una conspiración internacional musulmana con ramificaciones en La Meca y Teherán. De los cinco magistrados militares que lo procesaron, ninguno de los cuales hablaba indostaní, el idioma de la defensa. Zafar y su esposa fueron condenados al exilio en Birmania. No fue precisamente el momento más brillante de la historia de la Justicia británica.

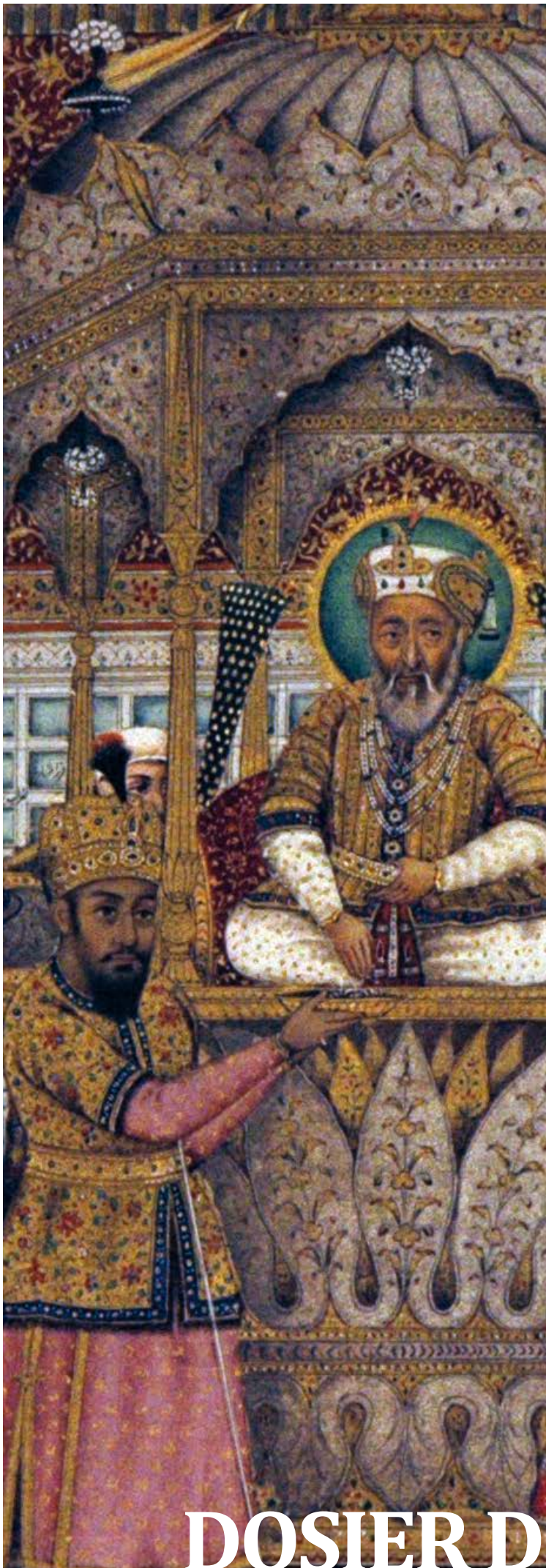
La noche antes de que Zafar fuera expulsado del palacio de sus antepasados, después de 332 años, el corresponsal de guerra del *Times*, William Howard Russell, veterano de la Guerra de Crimea y uno de los pocos periodistas británicos en dar una visión honesta de los sucesos de 1857, fue a visitarlo. **En lugar del genio del mal, un Bin Laden de su época, como se decía de él, se encontró**

“con un débil anciano de mirada perdida, el labio colgando y encías desdentadas. Ni una palabra salió de su boca. Permanece sentado en silencio día y noche, con la mirada fija en el suelo, prueba de las condiciones de su encierro. Sus ojos tienen la mirada apagada y vaporosa de la edad proveya. Algunos dicen escucharlo divagando en sueños y recitando versos de su propia composición, y escribiendo poesía en la pared con un tizón”.

Esta es la postrera imagen que nos queda de los mogoles de Delhi, la misma dinastía a la que, desde sus inicios, tanto obsesionaba la estética, fueran jardines, arquitectura o bellas miniaturas. Aun privado de papel y pluma, en esta última noche Zafar escribía poesía.

Conferencia íntegra disponible en www.gresham.ac.uk/watch-now/last-mughal





ÍNDICE

Agradecimientos

Mapas

Dramatis personae

Introducción

- 1 Un rey de ajedrez
- 2 Creyentes e infieles
- 3 Un difícil equilibrio
- 4 La tormenta se aproxima lentamente
- 5 La espada del Señor de la Furia
- 6 Una jornada de desorden y destrucción
- 7 Una posición precaria
- 8 Ojo por ojo
- 9 El cambio de la marea
- 10 Fuego a discreción
- 11 La ciudad de los muertos
- 12 El último de los grandes mogoles

Glosario

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

A las cuatro de una brumosa y cálida tarde invernal de Rangún, en noviembre de 1862, poco después del final del monzón, un cadáver envuelto en su sudario fue escoltado por un reducido grupo de soldados británicos hasta una tumba anónima a espaldas de un recinto carcelario amurallado.

El lugar estaba situado frente a las turbias y oscuras aguas del río Rangoon, un poco más abajo de la gran aguja dorada de la pagoda del Shwedagon. Alrededor del recinto se extendía la recién construida área de acuartelamiento del Puerto –un fondeadero y ciudad de peregrinación tomado, quemado y ocupado por los británicos solo diez años antes. El féretro del prisionero de Estado, como denominaban al finado, iba acompañado por dos de sus hijos y un anciano y barbudo mulá o doctor en leyes. A ninguna mujer le estuvo permitido asistir, y unos guardias armados se encargaron de mantener a distancia a la pequeña multitud del bazar que de alguna manera se había enterado de la muerte del prisionero. A pesar de ello, una o dos personas lograron romper el cordón para tocar el sudario antes de que lo introdujeran en la tumba.

La ceremonia fue breve. Las autoridades británicas se habían asegurado no solo de que la tumba estuviera ya cavada, sino de tener a mano la cantidad suficiente de cal para garantizar la rápida descomposición tanto de la mortaja como del cadáver. Una vez recitado el escueto responso –no se permitieron lamentaciones ni panegíricos– echaron la tierra sobre la cal y replantaron el césped con cuidado para que pasado alrededor de un mes no quedara huella del lugar del enterramiento. Una semana después, el comisario británico, capitán H. N. Davies, escribió a Londres para informar de los hechos, añadiendo:

Visitados tiempo después los prisioneros de Estado restantes –la escoria del reducido harén asiático–, todo se encontró en orden. Ningún miembro de la familia parecía demasiado afectado por la muerte del largamente agonizante anciano. Es evidente que su muerte se debió a la mera decrepitud y a la parálisis en la zona de la garganta. Expiró a las cinco en punto de la mañana del día del funeral. Puede decirse que la muerte del exmonarca no ha producido ningún efecto en la parte mahometana de la población de Rangún, salvo tal vez en unos cuantos faná-



Retrato del emperador Bahadur Shah Zafar II, procedente del Reminiscences of Imperial Delhi, álbum encargado por sir Thomas Metcalfe. La página que contiene este retrato lleva una inscripción en la parte superior que dice: Abu Zafar Siraj al-Din Muhammad Bahadur Shah Padshah Ghazi y otra inscripción bajo el retrato: El emperador Bahadur Shah, 1844.

ticos que esperan y rezan por el triunfo definitivo del islam. Una valla de bambú rodea la tumba a una distancia considerable y para cuando dicha valla se haya desgastado, la hierba habrá cubierto convenientemente la tumba, sin que quede vestigio alguno del lugar en el que descansan los restos mortales del último de los Grandes Mogoles.¹

El prisionero de Estado al que Davis se refería era Bahadur Shah II, más conocido por el sobrenombre de Zafar (que significa «victoria»). Zafar había sido el último emperador mogol, descendiente directo de Gengis Khan y Timur, de Akbar, Jahangir y Shah Jahan.

CAPÍTULO 2

CREYENTES E INFIELES

El reverendo Midgeley John Jennings, el capellán de la población cristiana de Delhi, no era un hombre al que le diera miedo decir lo que pensaba. Desde su llegada a Delhi, tres meses antes de la boda de Jawan Bakht, Jennings había estado trabajando en su plan de convertir al pueblo de Delhi al cristianismo, dado que la capital mogola, según había concluido Jennings, era nada menos que el último bastión terrenal del mismísimo Príncipe de la Oscuridad. «Dentro de sus murallas», escribió,

el orgullo de la vida, la lujuria de la vista y todas las lujurias de la carne han reinado y campado por sus respetos, y todas las glorias de los reinos de esta parte del mundo han ido pasando de un malvado dueño a otro. Es como si aquí se le hubiera permitido por fin al Maligno hacer alarde de toda su ostentación y dársela a quien él quisiera; pero el poder de la verdad, de la mansedumbre y de la rectitud no se ven por ninguna parte [...].¹

El plan de Jennings consistía en hacer pedazos todas las falsas creencias de la India, por la fuerza si era necesario: «las raíces de las antiguas religiones han calado aquí muy hondo, y los hombres deben ser capaces de desenmascararlas por completo para así poder arrancarlas de raíz». ² Su método era muy simple: aprovechar el poder del próspero Imperio británico, claramente el instrumento «del misterioso devenir de la providencia divina», para convertir a los paganos.

La Corona británica, argumentaba Jennings en su prospecto para la propuesta misión de Delhi, era ahora la orgullosa poseedora del diamante Koh-i-Noor, antes propiedad de los mogoles, la más importante dinastía de la India. En señal de gratitud, los británicos debían volcar ahora todos sus esfuerzos en procurar la conversión de la India y, así, «devolverle esa “perla de gran valor” [la fe cristiana] [...]». Así como nuestro Imperio está avanzando tan magníficamente desde el este al oeste de la India», de igual modo deberían prepararse los británicos para conquistar el subcontinente para el anglicanismo y el único Dios verdadero.³ No debía, en su opinión, existir ningún compromiso con las falsas religiones.

Jennings había llegado a India en 1832 y enseguida se había ganado una reputación, en palabras de su hija, por «su lucha contra el descuido y la negligencia en el cumplimiento religioso». Aunque al principio fue designado para varios tranquilos destinos de montaña, y obligado a concentrar sus energías en cuestiones periféricas como diseñar sencillas lápidas para los cementerios cristianos de dichos lugares, llevaba largo tiempo soñando con inaugurar una misión en Delhi e involucrarse en trabajos más serios como «misionero de los paganos». ⁴ Al final consiguió el puesto de capellán de Delhi en 1852, pasando directamente a primera línea, en el mismísimo Fuerte Rojo, al ser invitado a compartir los alojamientos de la puerta de Lahore del «peculiarmente intachable» capitán Douglas y su mujer inválida, a quien Jennings describía como «tan beata como yo [...] una entusiasta colaboradora de la misión». ⁵



Acuarela anónima de la década de 1820 en la que se representa al Residente británico, *sir* David Ochterlony, vestido a la moda india fumando en narguile y viendo bailar a una *nautch* en su casa en Delhi.

CAPÍTULO 5

LA ESPADA DEL SEÑOR DE LA FURIA

El lunes 11 de mayo de 1857 del calendario cristiano se correspondía con el decimosexto día del Ramadán, el mes musulmán dedicado al ayuno y la penitencia. Durante esta cuaresma islámica, el ritmo de la ciudad cambiaba de forma drástica. El día comenzaba mucho más pronto de lo habitual, una hora antes del amanecer; cuando la luna todavía lucía en lo alto del cielo y en la Jama Masjid se repetía el sonido de un gong. Era entonces cuando se encendían las lámparas y se empezaban a preparar comidas a toda prisa. Los mendigos aprovechaban el momento para ganarse unas pocas paisas llamando a las puertas de los que todavía parecían seguir durmiendo, ya que aquella era su última oportunidad de ingerir algún refrigerio –en el caso de los ortodoxos ni siquiera una gota de agua– antes del atardecer, para el que todavía quedaban más de doce horas.¹

Ya era pleno verano y el terrible y abrasador calor de Delhi estaba en su apogeo. Bajo la luz trémula que precedía al amanecer, en los patios de todo Delhi, las familias musulmanas se reunían al aire libre, reclinadas sobre sus almohadones, tomando *sahri*, la comida previa al ayuno, hecha a base de *sivayan* (sémola), y, para los que entonces ya habían acumulado bastante apetito, también kebabs, todo ello engullido a toda prisa antes de que el sonido del cañón del Fuerte anunciara la inminente salida del sol por el horizonte. En aquellos días de viento abrasador, la madrugada ofrecía el atractivo añadido de ser la única hora del día en la que se podía disfrutar de una refrescante brisa.

A las siete de la mañana, Zafar ya había finalizado su desayuno y se encontraba rezando sus plegarias matutinas en su *tasbih khana*, su oratorio frente al río. Mientras



Soldado cipayo del Imperio mogol (ca. 1850) de autor desconocido.

se levantaba, apoyándose en un bastón, pudo ver que a media distancia, hacia su izquierda, más allá del serpenteante tramo del río que quedaba al otro lado del Puente de los Barcos, una columna de humo se elevaba por encima de la Casa de Aduanas, cuya silueta se recortaba contra el sol del amanecer. Y, lo que resultaba más preocupante aún, la otra orilla del Yamuna se veía envuelta en una nube de polvo. Según el relato de su joven ayudante, Zahir Dehlavi, Zafar se puso a llamar a gritos a Mir Fateh Ali, el jefe de sus portadores del palanquín, que le esperaba fuera del oratorio para iniciar el recorrido matinal por palacio. Zafar le ordenó que enviara a un mensajero a camello a averiguar la causa del fuego y de la polvareda; también mandó llamar a su primer ministro, el *hakim* Ahsanullah Khan, y al capitán Douglas, el comandante de los guardias de palacio y responsable ante el Residente de la seguridad del Fuerte.²

Para cuando el *hakim* y el comandante llegaron, el mensajero ya estaba de vuelta. Había cabalgado solo hasta el bastión de Salimgarh, a escasos kilómetros de distancia, y desde allí había podido ver con claridad que soldados indios a caballo (o *sawars*), vestidos con los uniformes de la Compañía, armaban un gran estrépito al otro lado del Puente de los Barcos, con las espadas desenvainadas. Para entonces ya habían saqueado y quemado la Casa de Aduanas situada en la orilla este del río. También habían atacado y asesinado a su guarda y al encargado de la oficina de telégrafos, Charles Todd, quien, media hora antes, había salido en su calesa para tratar de averiguar la causa del corte de la línea telegráfica con Meerut. Algunos de los criados al servicio de oficiales británicos a quienes se habían ido encontrando por el camino también habían sido degollados a su paso. El mensajero añadió que los primeros bañistas de la mañana, presas del pánico, estaban saliendo a toda prisa de los *ghats* del río, y corrían de forma atropellada para entrar en la ciudad por la puerta de Calcuta, justo al norte del palacio. Al oírlo, Zafar dio de inmediato orden de cerrar todas las puertas de la ciudad y del Fuerte y, si no era demasiado tarde, de destruir también el puente.³

CAPÍTULO 6

UNA JORNADA DE DESORDEN Y DESTRUCCIÓN

No fue hasta la noche del 24 de mayo –nada menos que trece días después del estallido– cuando Anson y su Fuerza de Campo al fin se pusieron en marcha hacia la capital mogola desde Ambala (poco después de llegar a Karnal, la noche del 27, el comandante en jefe murió de cólera). Para entonces, y debido en parte a la ausencia de cualquier respuesta eficaz por parte de los británicos, los motines se habían extendido entre los regimientos cipayos estacionados en Nowshera, en la frontera noroeste; Ambala, Phillaur y Ferozpur, en el Punjab; Nasirabad en Rajputana; y en las provincias del noroeste de Hansi, Hissar, Moradabad, Agra, Aligarh, Etawah, Mainpuri e incluso tan al sudeste como Etah, al este de Agra.⁹

Según el mapa, los brotes de rebelión parecían propagarse en círculos concéntricos desde Delhi. El emperador, Bahadur Shah II, y su renacido imperio mogol, actuaban ahora como núcleo de las muy dispares esperanzas y aspiraciones de los muchos individuos, grupos y causas desafectos, tanto musulmanes como hindúes, del norte de la India, y Delhi fue el lugar adonde casi todas las tropas amotinadas se dirigieron una vez se rebelaron contra sus amos británicos. Mas, para sorpresa de los estos, no todas las tropas amotinadas actuaron con violencia; por el contrario,

[...] sin molestar y ni siquiera insultar a sus oficiales ingleses [...] anunciaron, con tranquilidad aunque a la vez con firmeza, que se habían autodesvinculado del servicio a la Compañía de las Indias Orientales y que iban a declararse súbditos del rey de Delhi. Luego, en varios de los casos, tras saludar incluso a sus oficiales y ofrecerles todas las muestras de respeto posibles, volvieron su mirada hacia el gran foco de la rebelión, yendo a engrosar el número de los que iban a luchar contra nosotros en la capital mahometana del Indostaní.¹⁰

Por esta razón, el futuro tanto de la autoridad mogola como de la británica dependía ahora en gran medida de lo que ocurriera en Delhi: «El destino de toda la India depende de nuestro éxito», escribió Fred Roberts a su madre poco después de que la Fuerza de Campo de Delhi se encaminara estruendosa y lentamente en dirección al sur por la carretera de Grand Trunk Road. «Si el resultado fuera un fracaso, solo Dios sabe lo que podría pasar».¹¹

Las tropas de los aliados nativos, 1857-1858, perteneciente a una serie de veintiséis litografías coloreadas de la campaña por William Simpson, E. Walker y otros, después de G. F. Atkinson y publicada por Day & Son en 1857-1858, National Army Museum.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 9

EL CAMBIO DE LA MAREA

Desde que abandonó Peshawar en mayo, Nicholson –hasta entonces un oscuro soldado de treinta y seis años y funcionario en la frontera noroeste, desconocido fuera de su pequeño círculo– se había convertido en unas pocas semanas en una leyenda entre los británicos del norte de la India. Después de todo, los británicos necesitaban perentoriamente algunos héroes tras la sucesión de meteduras de patas y errores que habían precipitado el estallido del Levantamiento, y la lenta, vacilante e inadecuada respuesta que había permitido que este se extendiera a tal velocidad. La mezcla de devoción, seriedad y valentía, combinada con su despiadada capacidad para la agresividad y la brutalidad más extremas, era justo lo que más se necesitaba para infundir ánimos a las frustradas tropas inglesas que se encontraban refugiadas tras sus parapetos en lo alto de la Cordillera.

Las tropas de la Fuerza de Campo habían padecido un gran desgaste debido a los ataques diarios que venían sufriendo hacía ya dos meses y se sentían muy preocupadas por los rumores que poco a poco se iban filtrando sobre otros brotes de rebelión que estaban teniendo lugar en todo el Indostán, las malas noticias que llegaban del asedio de Lucknow, la muerte del gran defensor de la Residencia, *sir* Henry Lawrence y la masacre de la guarnición británica, mujeres y niños incluidos, de Cawnpore. Pero lo que les tenía más abatidos era la pusilánime incompetencia del general Hewitt, destacado en Meerut, y de los débiles y ancianos generales Anson, Barnard y Reed, en resumen, la nada deslumbrante sucesión de comandantes británicos.

Para ellos, Nicholson representaba el antídoto perfecto a aquellos hombres cansados y nerviosos, y mucho antes de que llegara a Delhi, ya circulaban rumores sobre él: de las marchas forzadas de setenta y cuatro kilómetros diarios; de cómo sus hombres descansaban a la sombra mientras él se mantenía «erguido e inmóvil sobre su caballo a pleno sol», de que nunca dormía y, de noche, cuando todos estaban descansando, se sentaba a escribir sus cartas y despachos; y del grado en que Nicholson «odiaba a los cipayos, hacia los que sentía una inquina imposible de describir con palabras».

Sobre todo, el campamento británico bullía con la noticia de la reciente victoria de Nicholson en

Trimmu Ghat, donde, mediante una serie de marchas forzadas, persiguió y tendió una emboscada a todo un regimiento de cipayos amotinados de Sialkot que se dirigían con premura hacia Delhi, y, tras haberlos alcanzado a orillas del río Ravi, se aseguró de perseguir hasta al último de ellos, de manera que «la mayoría de los cipayos [al final] trataron de salvarse lanzándose a las crecidas aguas del Ravi [desbordado por el monzón], donde encontraron la muerte, por lo que lograron capturar a muy pocos, a los cuales por supuesto se ejecutó». ³ En agosto, las sangrientas hazañas de la Columna Móvil habían llegado incluso a Calcuta, donde un satisfecho Canning escribió que Nicholson «había arrasado el país como la encarnación de la venganza e infundido el terror en los corazones pusilánimes». ⁴

Muy pocos permanecían inmunes a la veneración heroica de este gran psicópata del imperio, pero existían algunas excepciones. Durante la marcha, el joven teniente Edward Ommaney quedó impresionado por la brutalidad gratuita de Nicholson: «Se comporta como una mala bestia –escribió en su diario el 21 de julio–. Por ejemplo, el otro día le dio una paliza a un pinche de cocina por cruzarse en su camino durante la marcha (tiene a un hombre corpulento y muy musculoso para llevar a cabo esta tarea). El chico protestó y volvieron a darle otra paliza, a resultas de la cual murió». ⁵ A Ommaney también le horrorizaba el grado en que Nicholson había dado carta blanca a sus tropas para actuar con extrema violencia contra sus indefensos prisioneros:

A un hombre del segundo de irregulares que les indicó a los amotinados de Sialkot dónde estaba el vado le cortaron las dos manos, le rajaron el cuerpo con una bayoneta y luego le colgaron; sueltan a tandas de prisioneros en la jungla, con las manos atadas, y se los dejan a los sijs. Tamañas crueldades a la larga han de volverse contra nosotros, y el hecho de que estos hombres nos hayan hecho lo mismo a nosotros [...] no es razón para que les emulemos. Por supuesto que se debe matar a los verdaderos culpables, colgándoles o fusilándoles [pero a los inocentes habría que perdonarles]. ⁶

CAPÍTULO 10

FUEGO A DISCRECIÓN

En todas las zonas que ya habían caído bajo el precario control de los británicos –el cuarto nororiental de la ciudad–, todas las casas se convirtieron en blanco del saqueo generalizado y ningún varón en edad de luchar fue considerado no combatiente. Una proporción significativa de los habitantes de Delhi, en especial los prestamistas y aquellos con propiedades o negocios, después de cuatro meses sufriendo el saqueo por parte de los cipayos, llevaban tiempo deseando el final de la anarquía, en la creencia de que la vuelta de la Compañía, a pesar de todos sus inconvenientes y manifiestas injusticias, supondría el restablecimiento de la ley y el orden en la ciudad. Por otra parte, los británicos, a través de sus numerosos espías, eran conscientes de este apoyo tácito. Ningún habitante de Delhi había imaginado un saqueo general, y menos aún, un asesinato en masa. Pero, una vez dentro de las murallas, a los británicos les resultó más cómodo olvidarse de todos sus aliados y partidarios. Ni siquiera sus espías más devotos quedaron a salvo, como Maulvi Mohamed Baqar pudo comprobar alrededor del 15 de septiembre, cuando, sin explicación alguna, él mismo fue detenido y arrestado.³⁷

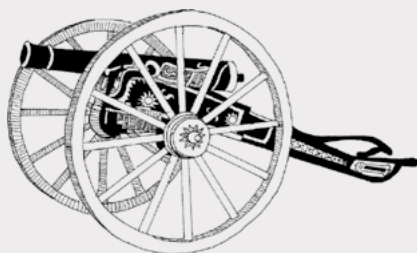
La extrema injusticia de todo esto horrorizó incluso a los anglófilos más serviles: «nadie en la ciudad estaba a salvo –escribió Muin ud-Din Husein Khan–. Cualquier hombre no discapacitado era tomado por rebelde y asesinado». Ghalib, a quien los cipayos le habían desagradado desde el principio, no se sentía ahora menos horrorizado por la vuelta de los británicos. «Los vencedores mataban a todo el que se encontraba por la calle –escribió en *Dastanbuy*–. Cuando los leones enfurecidos entraron en la ciudad, mataron a todos los débiles e indefensos y quemaron sus casas. El asesinato en masa proliferó por todas partes y el horror se adueñó de las calles. Tal vez estas atrocidades ocurran siempre después de una conquista».³⁸

Algunos de los asesinos más despiadados fueron aquellos que habían perdido a amigos o miembros de su familia durante el estallido de la revolución. Poco después de que los británicos entraran en la ciudad, Charles Griffiths se encontró con John Clifford, el an-

terior recaudador de Gurgaon y hermano mayor de la amiga y profesora de coro de Annie Jennings, la señorita Clifford. John había dejado que su hermana se quedara con los Jennings en el Fuerte Rojo la noche anterior al estallido, y ahora se culpaba a sí mismo de su muerte, precedida –o así lo cuenta la leyenda británica– por una violación en grupo. A pesar de no ser ningún liberal pacifista, Griffiths se quedó profundamente espantado ante lo que vio: «mi viejo amigo de la escuela se había convertido en otra persona –escribió–. Sus bajas pasiones habían alcanzado cotas extremas y no pensaba en nada más que en vengarse».

Sin embargo, una y otra vez, los británicos llegaban a justificar aquellos crímenes tan brutales con la argumentación cuasi religiosa de que, de alguna forma, estaban impartiendo la justicia de Dios entre hombres que no eran hombres, sino más bien diablos. A los ojos de los victorianos evangélicos, el asesinato en masa ya no era asesinato en masa, sino que se había convertido en una venganza divina, en la que las tropas actuaban como ejecutoras de la justicia divina. El padre Rotton, por ejemplo, se mostraba bastante explícito sobre el grado en que la masacre de los habitantes de Delhi, a su modo de ver, era, en realidad, la propia obra de Dios: «Pensé en Dios y en lo que Él había hecho ya por nosotros [...] y luego pensé en el hombre y la preciosa sangre que debió derramar en ríos abundantes, para que Dios pudiera, por su mediación, vengar aquellas atrocidades y errores sin parangón en la historia de las naciones tanto antiguas como modernas».⁴⁰ Incluso Edward Campbell, un hombre moderado que para los estándares de la época no era en absoluto ningún fundamentalista, se refería al asalto de Delhi como «la batalla de mi Salvador» y se consideraba a sí mismo, en el desempeño de su deber, como «un buen soldado de Cristo».⁴¹

«Fueron en verdad tiempos terribles –opinaba Charles Griffiths–, en los que hombres cristianos y aguerridos soldados, enloquecidos por el vil asesinato de sus seres más próximos y queridos, apartaron de sí cualquier vestigio de compasión y juraron venganza contra los amotinados».



CAPÍTULO 11

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Hodson les dijo a los *sawars* que condujeran aprisa a los príncipes por la carretera, mientras MacDowell y sus soldados de caballería se interponían entre la multitud y los príncipes, avanzando con lentitud hacia el grupo de cortesanos y asistentes y obligándoles a retroceder hacia el jardín del mausoleo.

Hodson y yo (dado que permanecí pegado a él todo el tiempo), acompañados de cuatro hombres, subimos a caballo los escalones y atravesamos la arcada, y entonces Hodson gritó a la muchedumbre que depusiera sus armas. Hubo un murmullo. Él reiteró una vez más la orden y (Dios sabe por qué, nunca lo entenderé) la gente comenzó a hacerlo [...]

Lo que queríamos era ganar tiempo para alejar a los príncipes, dado que no hubiéramos podido hacer nada si nos hubieran atacado [...] Permanecimos allí dos horas más, recogiendo sus armas, y te aseguro que durante todo ese tiempo pensé que en cualquier momento se abalanzarían sobre nosotros. No dije nada, pero estuve fumando todo el tiempo, para disimular mi preocupación; no obstante, al final, cuando ya estuvo hecho y teníamos todas las armas en un carro, Hodson se volvió hacia mí y dijo: «Ahora nos podemos ir». Muy despacio, montamos en los caballos, formamos a la tropa, y partimos con cautela, seguidos por la muchedumbre. Cuando habíamos recorrido alrededor de un kilómetro y medio, Hodson se giró hacia mí y me dijo: «Bueno, Mac, por fin les tenemos», y ambos dimos un suspiro de alivio.¹¹

Lo que ocurrió a continuación no está claro. Según Hodson, cuando por fin alcanzaron a los prínci-

pes, ocho kilómetros más allá, cerca de las murallas de Delhi y de una arcada conocida a partir de entonces como *Khuni Darwaza* o la puerta Maldita, una enorme y amenazante multitud fue acercándose a los príncipes con la aparente intención de rescatarlos. Según otras versiones, incluida la de MacDowell, se trataba solo de una reducida multitud, en ningún caso intimidante. De lo que no hay duda es de lo que Hodson hizo a continuación.

Deteniendo el carro, ordenó a los príncipes que salieran y se desnudaran por completo. Luego, sacando un revólver Colt, les disparó allí mismo, a sangre fría y a bocajarro, uno detrás de otro. Luego despojó a los cadáveres de sus sortijas de sello y sus *bazubands* (brazaletes) de turquesas, se los guardó en el bolsillo, y cogió sus espadas tachonadas de joyas. Al día siguiente, Hodson escribió a su hermana contándole que a pesar de lo cansado que estaba de sus varios esfuerzos, no podía «evitar sentirse complacido por las cordiales felicitaciones recibidas de todas partes por mi éxito a la hora de acabar con los enemigos de nuestra raza. Toda la nación se alegrará con la noticia. –Y añadió–: No soy cruel, pero confieso que he gozado con la oportunidad de librar al mundo de esos miserables».¹²

Los cadáveres se sacaron de allí y se dejaron frente al *kotwali*, donde los soldados británicos hicieron cola para verlos. «Debo decir que me alegré de ver aquellos cuerpos desnudos y rígidos, dado que nunca existió ninguna duda sobre su culpabilidad, y, en mi opinión, el rey fue en gran medida una marioneta en sus manos».¹³ Charles Griffiths también aplaudió a Hodson «por haber librado al mundo de esos bellacos», añadiendo que «su sentimiento era compartido por todo el ejército de Delhi, hombres en todos los sentidos mejor cualificados para formarse un criterio a este respecto que quienes desde sus hogares se dejan llevar por la sensiblería».





Interior del Sikandra Bagh, también conocida como Secundra Bagh u otros nombres, en Lucknow, construida por el nabab Wajid Ali Shah, después de la matanza de dos mil rebeldes ejecutada por el 93.º Regimiento de Highlanders y el 4.º Regimiento del Punjab. El primer ataque comandado por *sir* Colin Campbell se produjo en noviembre de 1857. Impresión en plata albúmina, de Felice Beato, 1858.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

